

## VII

## LOS DOGMAS (CONTINUACIÓN), LOS SACRAMENTOS, EL CULTO.

El pecado original es el dogma fundamental sobre el cual descansa todo el edificio de los dogmas cristianos; idea verdadera en el fondo, pero falsa en la forma y desnaturalizada por la Iglesia. Verdadera en el sentido de que el hombre sufre por la intuición que conserva de las faltas cometidas en sus vidas anteriores, y de las consecuencias que para él entrañan. Mas este sufrimiento es personal y meritorio. Nadie es responsable de las faltas de otro, si no es que sea su cómplice. Presentado bajo su aspecto dogmático, el pecado original, que es castigado en toda la posteridad de Adam, es decir, en la humanidad entera, por la desobediencia de la primera pareja, para salvarla en seguida por medio de una iniquidad más grande, la inmolación de un justo; es un ultraje á la razón y á la moral, consideradas en sus principios esenciales: la bondad y la justicia. Ha servido más para alejar al hombre de la creencia en Dios, que todos los ataques y las críticas de la filosofía.

En efecto, no impunemente se intenta separar en el pensamiento y en la conciencia, la idea de Dios y la de la justicia. Con esto se produce la turbación en las almas y se provoca un trabajo mental que conduce forzosamente á la ruina de una de esas dos ideas. Ahora bien, la idea de Dios es la que no ha perecido, porque el hombre ve en ese Sér la más alta personificación de la justicia, de la sabiduría y del amor. Todas las perfecciones deben encontrarse reunidas en el Sér eterno.

El hombre ha perdido el recuerdo preciso de su pasado cul-

pable; pero ha conservado de él un vago sentimiento. De ahí proviene esa concepción del pecado original, que se encuentra en muchas religiones, y de la expiación necesaria. De tal concepción errónea se deduce la de la caída, del rescate y la redención por la sangre del Cristo, los misterios de la encarnación de la virgen-madre, de la inmaculada concepción; en una palabra, toda la armazón del cristianismo.<sup>1</sup>

Todos esos dogmas constituyen una verdadera negación de la razón y de la justicia divinas, si se les toma al pie de la letra, como lo quiere la Iglesia, y en su sentido material.

No es admisible que Dios haya creado al hombre y la mujer con la condición de que no se instruyeran. Es menos admisible aún que, por una sola desobediencia, haya condenado á su posteridad y á la humanidad entera á la muerte y al infierno.

«¿Qué se pensaría — dice con razón E. Bellemare — de un juez que condenara á un hombre con el pretexto de que ha «ce millares de años, uno de sus antecesores ha cometido un «crimen?» Y sin embargo, tal es el papel odioso que el catolicismo atribuye al Juez supremo, á Dios.

Estas tesis gratuitas justifican el alejamiento y el odio que ciertos pensadores tienen por la idea de Dios. Esto es lo que explica, sin excusarlo, la vehemente y atrevida proposición de cierto escritor célebre: «Dios es el mal.»

Si se considera el dogma del pecado original y la caída por lo que es realmente, es decir, como un mito, una leyenda oriental, tal como se encuentra en todas las cosmogonías antiguas; si se desvanecen tales quimeras, en el momento se desquicia por completo el edificio de los dogmas y de los misterios. Puede preguntarse: ¿qué quedaría entonces del cristianismo?

<sup>1</sup> La decadencia de la humanidad en Adam, dice el abate de Noirlieu, en su *Catecismo filosófico para uso del pueblo*, y su reparación en Jesucristo, son los dos grandes hechos en los que se apoya el cristianismo. Sin el dogma del pecado original no se concibe ya la necesidad del Redentor. Así, nada enseña más explícitamente la Iglesia que la caída de Adam y sus funestas consecuencias para todos sus descendientes.



Quedará lo que hay en él de verdaderamente grande, de imperecedero, de racional, es decir, lo que es capaz de elevar y de fortificar á la humanidad.

\* \* \*

Continuemos nuestro examen. La soberanía de Dios, nos dicen los teólogos, se manifiesta por la predestinación y por la redención. Siendo Dios soberano y absoluto, su voluntad es la última y decisiva causa de todo lo que en el universo se realiza. Agustín es el autor de este dogma, establecido en su lucha contra los Maniqueos, partidarios de los dos principios opuestos, el bien y el mal, y contra Pelagio, quien reivindicaba los derechos de la libertad humana. Muchas veces Agustín se refiere, para sostener su dogma, á la autoridad de San Pablo, verdadero autor de la doctrina de la predestinación, y cuya exposición, poco concluyente para nosotros, se encuentra en el capítulo IX de la *Epistola á los Romanos*.

Según San Pablo, cuya teoría ha sido adoptada sucesivamente por Agustín, por los reformadores del siglo XVI, y después por Jansenio, Pascal, etc., el hombre no puede adquirir la salvación por sus propias obras, porque su naturaleza le lleva irremisiblemente al mal.

Esta inclinación funesta es el resultado de la caída del primer hombre y de la corrupción que se extiende en la humanidad entera, siendo tal corrupción herencia de todos los descendientes de Adam. Por la concepción, se transmite á los hijos el pecado de los padres. Tal dogma se llama el *traducianismo*, y las Iglesias cristianas no parecen percibir que por esta afirmación monstruosa se constituyen en aliadas del materialismo, que proclama la misma teoría con el nombre de ley de la herencia.

Todos los hombres perdidos por el pecado de Adam, serían

entregados á la condenación eterna, si Dios, en su misericordia, no hubiera encontrado el medio de salvarlos. Este medio es la redención. El hijo de Dios se hizo hombre. En su vida terrestre ha cumplido la voluntad de su Padre y dado satisfacción á su justicia, ofreciéndose en holocausto por la salud de todos.

De este dogma resulta que los fieles no son salvados por ejercicio de su libre voluntad ni por sus propios méritos, puesto que no hay libre albedrío ante la soberanía de Dios, sino por efecto de una gracia que el mismo Dios otorga á sus elegidos. Deduciendo todas las consecuencias lógicas de este principio, podría decirse: Dios es quien atrae á sus elegidos; Dios es quien endurece á los pecadores. Todo se hace por la predestinación divina. Adam, pues, no ha pecado por su libre albedrío. Es Dios, soberano absoluto, quien lo ha predestinado á la caída.

Dicho dogma conduce á resultados tan deplorables, que el mismo Calvino, que lo ha afirmado con todas sus consecuencias, hablando de los hombres predestinados á la condenación eterna, lo llama un «decreto horrible» (*decretum horribile*). «Pero—añade—Dios ha hablado y la razón debe someterse.»

¡Dios ha hablado! Pero ¿dónde y por quién ha hablado? En los textos oscuros, obra de una imaginación turbada.

Y para imponer tales miras, para inculcarlas en los espíritus, Calvino no ha retrocedido ante el empleo de la violencia. La hoguera de Servet nos lo atestigua.

Lógica terrible que, procediendo de verdades mal comprendidas, como ya lo hemos dicho, se confunde en sus propios sofismas y apela al fuego y al hierro para imponerse y dirimir cuestiones inexplicables, para aclarar un *imbroglio* creado por la ignorancia y las pasiones.

«¿Cómo!—replicaba Pelagio á Agustín—Dios nos perdona «nuestros propios pecados, y nos atribuye los de otro?»



\* \* \*

«Hay, dice San Pablo,<sup>1</sup> un solo Dios y un solo *mediador*<sup>2</sup> entre Dios y los hombres: Jesucristo, hombre.»

¡Mediador, es decir, intermediario, medium incomparable, vínculo que une la humanidad con Dios, hé ahí lo que es Jesús! Mediador y no redentor, pues que la idea de redención no resiste el examen. Es contraria á la justicia divina, así como al orden majestuoso del universo. Entre los mundos que pueblan el espacio, no es la tierra el único sitio de expiación y dolor. Hay otros lugares de sufrimiento donde las almas, cautivas en la materia, aprenden, como aquí abajo, á dominar sus vicios y á adquirir cualidades que les facilitarán el acceso á mundos dichosos.

Si el sacrificio de Jesús era necesario para salvar la humanidad terrestre, Dios debería también socorro á las demás humanidades desgraciadas. Mas siendo ilimitado el número de mundos inferiores donde dominan las pasiones materiales, el hijo de Dios estaría condenado, por lo mismo, á sufrimientos y sacrificios sin fin. Tal hipótesis es inadmisibile

«Con su sacrificio, dicen otros teólogos, Jesús ha vencido el pecado y la muerte, porque la muerte es el precio del pecado y un espantoso desorden en la creación.»<sup>3</sup>

Sin embargo, se muere desde la venida de Jesús, como se moría antes de él. La muerte, considerada por ciertos cristianos como una consecuencia del pecado y un castigo del sér, es, por lo tanto, una ley natural y una transformación necesaria para el progreso y la elevación del alma. No puede ser ele-

<sup>1</sup> *Epíst. á Timoteo*, cap. II, 5.

<sup>2</sup> Esta expresión de mediador es aplicada en otra ocasión á Jesús por el autor de la *Epístola á los hebreos*.

<sup>3</sup> De Pressensé. *Jesucristo, su tiempo, su vida, sus obras*, p. 654. Esta opinión se encuentra también en muchos autores católicos.

mento de desorden en el universo. Juzgarla de este modo, ¿no es desconocer la sabiduría divina? Así es como, partiendo de un punto de vista erróneo, los hombres de la Iglesia llegan á las concepciones más extrañas.

Cuando afirman que Jesús, por su muerte, se ha ofrecido á Dios en holocausto por el rescate de la humanidad, ¿no equivale esto á decir, para aquellos que creen en la divinidad del Cristo, que él se ha ofrecido á sí mismo? ¿Y de qué ha rescatado á los hombres? No de las penas del infierno, puesto que se nos repite cada día que los hombres muertos en reato de pecado mortal son condenados á las penas eternas.

La palabra pecado no expresa por sí misma más que una idea confusa. La violación de la ley produce en cada sér un menoscabo moral, una sublevación de la conciencia, que es causa de sufrimiento íntimo y disminución de las percepciones anímicas. De este modo el sér se castiga á sí mismo. Dios no interviene: él no puede ser ni atacado ni ofendido, porque Dios es el infinito y el absoluto; ninguna sér podrá causarle agravio alguno.

Si el sacrificio de Jesús ha rescatado á los hombres, ¿por qué se les bautiza aún? Tal redención, en todo caso, no puede aplicarse más que á los cristianos y á aquellos que han conocido y aceptado la doctrina del Nazareno. ¿Habría, pues, dejado fuera de su círculo de acción la mayor parte de la humanidad? Todavía hoy hay en la tierra mil millones de hombres que viven fuera de las Iglesias cristianas, en la ignorancia de sus leyes, privados de esa enseñanza sin cuya observancia—se nos dice—«no hay salvación.» ¿Qué pensar de miras tan opuestas á los verdaderos principios de justicia y de amor que rigen los mundos?

No, la misión del Cristo no era rescatar con su sangre las faltas de la humanidad. La sangre, aun de un Dios, no podría rescatar á nadie. Cada cual debe rescatarse á sí mismo, rescatarse de la ignorancia y del mal. Esto es lo que millares de es-



píritus afirman en todos los puntos del globo. El Cristo ha descendido de las esferas luminosas para manifestar á los hombres el camino que conduce hacia Dios. Ha venido para enseñarnos á amar, á sufrir, á trabajar por nuestra elevación y por la de la muchedumbre humana.

Otros, antes que él, han puesto á los pueblos en la vía del bien y de la verdad. Nadie lo ha hecho con esa exquisita dulzura, con esa profunda ternura que caracteriza la enseñanza de Jesús. Nadie ha sabido, como él, enseñarnos á amar las virtudes modestas y ocultas. Hé ahí el poder, la grandeza moral del Evangelio; hé ahí el elemento vital del cristianismo, que se abate bajo el peso de los dogmas extravagantes de que está sobrecargado.

\* \* \*

El dogma de las penas eternas debe ocupar nuestra atención. Arma temible en manos del sacerdote, en épocas de fé; amenaza suspendida sobre la cabeza del hombre, ha sido para la Iglesia un medio incomparable de dominación.

¿De dónde viene esta concepción de Satán y del infierno? Únicamente de las falsas nociones que de la idea de Dios nos ha legado el pasado. Toda la humanidad primitiva ha creído en los dioses del mal, en el poder de las tinieblas, y esta creencia se ha consignado en leyendas pavorosas, en imágenes terribles, que se han transmitido de generación en generación y han inspirado gran número de mitos religiosos. Las fuerzas misteriosas de la naturaleza, al manifestarse, difundían el terror en el espíritu de los primeros hombres. Por todas partes, en su derredor, en la sombra, creían ver surgir formas amenazantes prestas á asirlos, á estrecharlos en horrible abrazo. El hombre ha personificado é individualizado esos maléficos poderes; por esto ha creado los dioses del mal. Y estas remotas

tradiciones, herencia de razas que han desaparecido, perpetuadas de edad en edad, se encuentran todavía hoy en las religiones actuales.

De ahí Satán, el eterno rebelado, el eterno enemigo del bien, más poderoso que Dios mismo, puesto que reina en calidad de amo sobre el mundo, y que las almas, creadas para la felicidad, caen, la mayor parte, bajo su imperio; Satán, la astucia, la perfidia en persona, y después el infierno y sus torturas refinadas, cuya pintura enloquece las imaginaciones sencillas y asustadizas.

Así es como en todos los dominios del pensamiento, el hombre terrestre ha sustituido á las luces puras de la razón que Dios le dió como un guía seguro, las quimeras de su imaginación turbada.

Es verdad que nuestra época escéptica y burlesca no cree mucho en el diablo; pero los sacerdotes no cesan en su tarea de enseñar la existencia de ese diablo y la del infierno. De tiempo en tiempo pueden oírse predicaciones en que hacen la descripción de los castigos reservados á los condenados. La Iglesia persiste en proscribir la ciencia y el conocimiento de la verdad, en introducir al demonio en todas las cosas, hasta en el dominio de la psicología moderna. Amenaza con las llamas eternas á todo hombre que intenta emanciparse de un *Credo* que su razón y su conciencia rechazan. De este modo, el Evangelio de amor se ha convertido en sus manos en instrumento de terror.

Pero ¿no basta reflexionar, considerar un instante la obra divina para rechazar toda creencia en el demonio? ¿Cómo admitir que el foco supremo del Bien y de lo Bello, que la fuente inagotable de bondad, de misericordia, haya podido crear ese ser monstruoso y maléfico? ¿Cómo creer que Dios ha podido dar á este ser, con la ciencia del mal, todo poder sobre el mundo, y que le haya entregado, como fácil presa, toda la familia humana? No; Dios no ha podido crear la inmensa mayoría de sus



hijos para perderlos, para hacer su eterna desgracia; Dios no ha podido dar el poder á aquel que debe abusar más de él, al ser más inicuo y malvado. Esto es inaceptable, indigno del criterio de una alma que cree en la justicia y en la bondad del Creador.

Admitir á Satán y el infierno eterno, es hacer injuria á la Divinidad. Una de dos: ó Dios tiene la presciencia y ha sabido cuáles serian los resultados de su obra, y al realizarla se ha convertido en el verdugo de sus criaturas; ó bien, no ha previsto tal resultado, y en ese caso no tiene la presciencia, y es tan falible como su obra; y entonces la Iglesia, al proclamar la infalibilidad del Papa, le ha elevado sobre Dios! Con tales concepciones se ha endilgado á los pueblos al escepticismo y al materialismo. Es lo que ha hecho la Iglesia Romana, y por su monstruosa obra ha contraído las más graves responsabilidades.

En cuanto á los castigos reservados á los culpables como sanción penal y para asegurar el cumplimiento de la ley de justicia, no hay necesidad de ocurrir á cosas imaginarias.

Si echamos una ojeada en derredor de nosotros, veremos que por donde quiera, en la tierra, nos acecha el dolor. No es necesario salir de este mundo para encontrar sufrimientos proporcionados á las faltas, y situaciones expiatorias para todos los culpables. ¿Para qué buscar el infierno en quiméricas regiones? El infierno está al derredor nuestro. ¿Cuál es el verdadero sentido de la palabra infierno? ¡Lugar inferior! La Tierra es, sin duda, uno de los mundos inferiores del universo. El destino del hombre aquí abajo, es muchas veces demasiado duro, y la suma de sus males bastante grande; y es por demás entenebrecer con fantásticas concepciones las perspectivas del porvenir. Tales concepciones son un ultraje á Dios. No puede haber males eternos, sino solamente temporales, apropiados á las necesidades de la ley de evolución y de progreso. El principio de las reencarnaciones sucesivas es más equitati-

vo que la noción del infierno perdurable, puesto que realiza la justicia y la armonía en el universo. Con la sucesión de nuevas y penosas encarnaciones terrestres, el culpable rescata sus faltas pasadas. La ley del destino se teje por cada uno de nosotros con la trama de nuestras buenas ó malas acciones, y todas repercuten al través del tiempo con sus consecuencias felices ó funestas. Así es como cada uno prepara su cielo ó su infierno.

El alma, en la parte inferior de su evolución, encerrada en el círculo de sus vidas terrestres, vacilante, incierta, sacudida por atracciones diversas, ignorando los grandes destinos que la esperan y el objeto de la creación, yerra, languidece y se abandona á las pasiones y á los atractivos materiales que la arrastran. Pero poco á poco, por el desenvolvimiento de sus fuerzas psíquicas, de sus conocimientos, de su voluntad, el alma se eleva, se emancipa de las influencias inferiores, y cerniéndose por cima de las miserias de esta vida, contempla las regiones divinas.

Tiempo vendrá en que el mal no será ya la condición de esta vida, y en que los seres, purificados por el sufrimiento, después de haber recibido la prolongada educación de los siglos, dejarán la vía oscura para adelantarse hacia la eterna luz. Las humanidades, unidas por los lazos de una solidaridad estrecha y de un profundo afecto, marcharán de progreso en progreso, de perfección en perfección, hacia el gran foco, hacia el fin supremo que es Dios, cumpliendo de este modo la obra del Padre, que no ha querido la perdición, sino la felicidad y la elevación de todos sus hijos.



\* \* \*

El principal argumento de los defensores de la teoría del infierno, es que la ofensa hecha por el hombre, ser finito, á Dios, ser infinito, es, por consiguiente, infinita, y merece una pena eterna.

Mas todo matemático nos dirá que la relación de una cantidad finita á un infinito, es nula. Se puede retorcer el argumento y decir que el hombre, ignorante y finito, no puede ofender lo infinito, y que por consiguiente su ofensa es nula con relación á dicho infinito.

El hombre no puede hacer mal sino á sí mismo, retardando su elevación y atrayéndose los sufrimientos que origina todo acto culpable. ¿Los Jefes de la Iglesia están realmente convencidos de la existencia del infierno eterno, ó lo consideran más bien como un espanto ilusorio, pero necesario, para la virtud de la humanidad? Esto es lo que podría creerse contestando las siguientes palabras de San Jerónimo, el traductor de la Vulgata:

..... «Tales son los motivos en que se apoyan aquellos que quieren hacer entender que *después de los suplicios y tormentos vendrán los consuelos, lo que se debe ocultar, en cuanto al presente, á aquellos para quienes es útil el temor, á fin de que, temiendo los suplicios, se abstengan de pecar. (Quæ nunc abscondenda sunt ab his quibus timor est utilis, ut, dum supplicia reformidant, peccare desistant.)* <sup>1</sup>

Verdad es que San Jerónimo no ha temido introducir en el texto del Evangelio de San Mateo estas expresiones: «el fuego eterno», «el suplicio eterno». Mas las palabras hebreas

<sup>1</sup> San Jerónimo, *Obras*, edición benedictina de 1704. tom. III, col. 514. San Jerónimo cita los textos siguientes; *Rom.* XI, 25, 26, 32; *Micheas*, VII, 9, 19, etc.

que se han traducido de este modo, no parecen tener el sentido que los latinos les han atribuido (1)

Tal no puede ser el pensamiento de aquél que ha dicho: «Dios no quiere que ninguno de estos pequeñitos perezca.» Estas palabras son confirmadas por las de los apóstoles.

«Dios quiere que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad.» (San Pablo I, á *Timoteo*, II, 4.)

«Dios es el salvador de todos los hombres» (San Pablo I, á *Timoteo*, IV, 10.)

«Dios no quiere que ningún hombre perezca, sino que todos lleguen á la penitencia.» (San Pedro II, *Epistola*, III, 9.)

Muchos de los Padres de la Iglesia opinan de la misma manera; en primer lugar San Clemente de Alejandria, el maestro de Orígenes, quien dice:

«El Cristo salvador obra de modo que al fin consigan todos el bien, y no solamente algunos privilegiados. El soberano Maestro ha dispuesto todo, ya en el conjunto, ya en los detalles, para que se alcance tal fin.» <sup>2</sup>

En seguida, San Gregorio de Niza es quien se rebela, del modo más serio, contra la eternidad de las penas. En su concepto:

«Es necesario que el alma inmortal sea purificada de sus

<sup>1</sup> La palabra *eterno*, que se encuentra frecuentemente en las Escrituras, no parece que deba tomarse á la letra, sino como una de esas expresiones enfáticas tan usadas por los orientales. Cuántas promesas, calificadas de eternas, hechas al pueblo hebreo ó á sus jefes, no han tenido más que una realización muy restringida!

¿En donde está aquella tierra que los hebreos debían poseer eternamente? *in æternum*. (Levítico, XXV, 46) ¿En dónde están aquellas piedras del Jordán que Dios anunció que debían ser, para su pueblo, un monumento *eterno*? (Josué, IV, 7.) ¿En dónde la alianza *eterna*, concluída con la raza de David? (II Reyes, XXIII, 5.) ¿En donde aquellos levitas, escogidos para servir *eternamente* al Señor? (I, *Paralelipom.*, XV, 2.) En dónde aquella estirpe de Salomón, que debía reinar *eternamente* sobre Israel [*Paralelipom.*, XXII, 10.] y tantas otras promesas antiguas? En todos estos casos la palabra *eterno* parece significar sencillamente *larga duración*.

<sup>2</sup> Tomado del *Exámen crítico de las doctrinas de la Religión cristiana*, de Patricio Laroque, Las palabras están citadas en griego.



«manchas y curada de sus enfermedades. Las pruebas terrestres tienen por objeto efectuar esta curación, que se acaba después de la muerte, cuando no ha podido ser realizada en esta vida. Cuando Dios hace sufrir al pecador, no es por un espíritu de odio ni de venganza; quiere atraer el alma á sí, á él que es la fuente de toda felicidad. El fuego de la purificación dura sólo el tiempo conveniente, y el único objeto de Dios es convertir á los hombres en partícipes de los bienes que constituyen su esencia.»<sup>1</sup>

De allí viene la idea del Purgatorio, término medio adoptado por la Iglesia, que ha retrocedido ante la enormidad de las penas eternas aplicadas á ciertas faltas ligeras. Ahora bien, el purgatorio, en la mayor parte de los casos, es la vida terrestre y las pruebas que ésta trae consigo. Los primeros cristianos no ignoraban esto. La Iglesia de la Edad Media ha desechado esta explicación, que hubiera entrañado la afirmación de la pluralidad de las existencias del alma y la ruina de la institución de las indulgencias, fuente de grandes provechos para los pontífices romanos. Y ya se sabe los abusos que esto ha originado.

\* \* \*

En realidad, Satán no es más que una alegoría. Satán es el símbolo del mal. Pero el mal no es un principio eterno, coexistente con el bien. Su reinado pasará. El mal es el estado transitorio de los seres en vía de evolución.

No hay ni vacío ni imperfección en el universo. La obra divina es armónica y perfecta. De esta obra el hombre no ve más que un fragmento, y sin embargo, quiere juzgarla según

<sup>1</sup> Tomado del *Exámen crítico de las doctrinas de la Religión cristiana*, de Patricio Laroque. Las palabras están citadas en griego.

sus restringidas percepciones. El hombre, en su vida presente, no es más que un punto en el tiempo y en el espacio. Para juzgar la creación, le sería necesario abarcarla toda entera, medir la cadena de los mundos que está llamado á recorrer, y la sucesión de las existencias que le esperan en el seno del porvenir. Tan vasto conjunto escapa á sus concepciones; de ahí sus errores, de ahí lo falso de sus juicios.

Casi siempre, lo que nosotros llamamos mal no es más que el sufrimiento; mas éste es necesario, pues sólo él conduce á formar un recto raciocinio. Gracias á él, el hombre aprende á distinguir, á analizar sus sensaciones.

El alma es una chispa salida del foco creador y eterno. En medio del sufrimiento llega á la plenitud de la luz, á la conciencia perfecta de sí misma. El dolor es como la sombra que hace apreciar y resaltar la luz. Sin la noche, ¿contemplaríamos las estrellas? El dolor rompe la cadena de las fatalidades materiales y abre al alma las puertas que dan acceso hacia la vida superior.

En el punto de vista físico, el mal, el sufrimiento, son á menudo cosas relativas y de mera convención. Las sensaciones varían á lo infinito según las personas; agradables para unos, serán dolorosas para los otros. Hay mundos muy diferentes del medio terrestre, donde todo será penoso para unos, en tanto que los demás hombres podrán vivir allí cómodamente.

Si hacemos abstracción del medio estrecho en que vivimos, el mal no nos parecería ya como causa fatal, ó principio inmutable, sino de efectos pasajeros, variando según los individuos, transformándose y alternándose con su perfeccionamiento.

El hombre, ignorante al principiar su ruta, debe desarrollar su inteligencia y su voluntad por constantes esfuerzos. En su lucha contra la naturaleza, su energía se tiembla, su ser moral se vigoriza y engrandece. Gracias á esta lucha, se realiza el progreso y se prosigue la ascensión de la humanidad, subiendo de etapa en etapa, de peldaño en peldaño, hacia lo bueno y lo